

es únicamente quien, por sus justos castigos, nos puede hacer con toda verdad desgraciados.

La cólera se domina y se apacigua cuando se piensa que no hay arrebatos ni extravagancias que ella no haga cometer á los que la alimentan; que ella nos aleja infinitamente de esa conformidad que debemos tener con Jesucristo, cuyo carácter más propio y más sensible es la paz y la dulzura.

En fin, la envidia, los celos y todas esas otras pasiones que se levantan sin cesar de nuestro miserable fondo, se curan considerando, á las luces de la fe, cuán vergonzoso es su origen, pues que no tienen otro que la carne y el demonio; cuán funestos son sus efectos, pues que producen todo género de desarreglos en el cuerpo y en el alma; y cuán desgraciado es su fin, pues que los que se hacen sus esclavos no pueden esperar sino el infierno.

Examinemos si nosotros nos hemos servido de estos remedios y de estos santos pensamientos para mortificar nuestras pasiones.

TERCER PUNTO.

Venid, mi Señor Jesús, venid y vivid en nosotros. Reinad y dominad sobre todas nuestras pasiones, que no son menos enemigas de Vos que de nosotros:

Dominare in medio inimicorum tuorum.
(Psalm. cix).

Fortificadnos con vuestra gracia, á fin de que mortalmente las aborrezcamos y las combatamos durante toda nuestra vida.
Persequar inimicos meos et comprehendam illos, et non convertar donec deficiant.
(Psalm. xvii, 38).

OCTAVO EXÁMEN.

De la mortificación del propio espíritu.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo, habitando en nosotros para ser el principio de una nueva vida y la regla de todas nuestras acciones: *Nescitis quia Spiritus Dei habitat in nobis?* (I Cor. v, 6). ¿No seríamos nosotros muy ciegos despues de una tal gracia, si nos dejásemos alumbrar solamente por las luces de nuestro propio espíritu? Temamos mucho esta ceguedad, y rindamos todo género de obsequios, porque se digne El mismo prestarse á conducirnos. *Si spiritu vivimus, spiritu ambulamus.* (Galat. v, 25).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos sido fieles en mortificar nuestro propio espíritu, y si al menos evitamos sus cinco principales desarreglos.

1. ¿No nos hemos dejado llevar de la curiosidad, amando las novedades, informándonos de todo lo que pasa, siendo contentos de obtener todo género de noticias, no complaciéndonos sino en el estudio de cosas raras y extraordinarias, y ocupándonos en inquirir las vanas é inútiles, que para nada sirven á nuestra profesion?

2. ¿Resistimos al orgullo y á la vanidad de nuestro propio espíritu, que tiende á elevarnos sobre nuestros alcances, y pretende penetrar muy profundamente en los secretos de la majestad y de la providencia de Dios, y comprender lo que es incomprendible en nuestros misterios, á estudiar, en fin, cosas que sólo contribuyen á darnos reputacion y brillo?

3. ¿Refrenamos la ligereza de nuestro espíritu, que nos mantiene en una distraccion continua, que nos llena de mil pensamientos necios, que nos ocupa de cien sucesos y de signos quiméricos, y que, haciéndonos pasar inconsideradamente de un pensamiento á otro, de un estudio á otro, de una ocupacion á otra, nos priva de todo el fruto que pudiéramos obtener de nuestros trabajos?

4. ¿Procuramos moderar la actividad tan grande de nuestro espíritu, que se embaraza en una multitud de vanos razonamientos, que se impresiona, que se turba, que se inquieta, que se impacienta, y que

despues de todo no ha hecho más que ofuscarse la cabeza, y que no ha logrado avanzar en nada?

5. ¿Tomamos todo el cuidado que debemos para evitar la terquedad y el encañamiento? Y, bajo pretexto de que es preciso tener firmeza de espíritu, ¿no ha sucedido muchas veces, despues de elegir una opinion ó proferir cualquiera proposicion, aún cuando despues advertimos no ser ella la más recta, no nos hemos empeñado en sostenerla á cualquier precio que sea, poniendo nuestro espíritu en tortura para encontrar las razones que la apoyan, y en último resultado, despues de muchas disputas y de contestaciones, con que frecuentemente la caridad se ofende, llegamos aún hasta combatir verdades incontestables?

¿Qué hemos hecho nosotros para corregir estos desarreglos?

TERCER PUNTO.

Es una máxima constante entre los Santos, que ninguno puede recibir el Espíritu Santo sino está vacío del espíritu propio. *Nemo receptaculum Spiritus Sancti efficitur, nisi spiritu suo primitus evacuetur.* (S. Greg.). Y ¿cómo, oh Dios mio, con este conocimiento podria yo renunciar á mi propio espíritu? Yo lo renuncio de buena voluntad, y consiento con gusto que

sea anonadado. Os pido, oh Dios mio, esta gracia, á fin de que pueda ser del número de los venturosos pobres de quienes habla san Agustin: *Beati pauperes spiritu suo, divites sunt Spiritu Dei.* (S. Aug. in *Psalm. ciii.*)

NOVENO EXÁMEN.

De la mortificacion del propio juicio.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo en su infancia, dándonos un raro ejemplo de mortificacion del propio juicio. El tenia en esta edad un juicio muy perfecto, sus luces y sus conocimientos no tenian límites, su prudencia y su sabiduría eran consumadas; y no obstante, en todo este tiempo jamás determinó nada por sí mismo, ni decidió por sí cosa alguna, ni condujo su propia persona á su arbitrio. No perdamos nunca de vista este divino modelo, y que sea siempre para nosotros un objeto continuo de respeto y de veneracion.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos trabajado para mortificar nuestro propio juicio.

El juicio propio se toma la libertad de examinar curiosamente y de condenar muchas veces con demasiada ligereza las ac-

ciones, los sentimientos y la conducta de los demás, sin hacer distincion de persona alguna.

El reprocha sin escrúpulo los avisos que se le dan, áun los de sus mismos superiores, cuando estos avisos no se acomodan á su gusto; ó bien, despues que á ellos ha solido someterse, él quiere averiguar las razones que para ello se tienen: *Multas facit questiones: Cur? Quare hoc præceptum? Unde hoc venit? Quis hoc adinvenit consilium?* (S. Bern. c.^a *virt. ob.*). *Multos videmus (post præcipientis imperium), multas facere questiones: cur, quare, quamobrem (sepius interrogare, crebas ingeminare querelas), querere quare hoc præcipit, unde hoc venit, quis hoc adinvenit consilium?* (S. Bern. *De virt. obedientie*, n. 5).

El no puede creer que la perfeccion demande una obediencia, y persuadiéndose contra los sentimientos de los Santos que ella no es buena sino para las gentes simples é ignorantes, él se dice siempre para sí: *Nisi videro, non credam*: Yo no he de creer mientras no esté convencido por mis propias luces.

El presume tanto de sí mismo, y abunda de tal modo en su modo de sentir, que cree no tener necesidad de pedir consejo; y como conceptúa sus imaginaciones por razonamientos infalibles, y por oráculos todos sus pensamientos, rechaza otros di-

rectores que no sea él mismo para conducirse.

El hace tal aprecio de sus sentimientos, que no quiere ceder á persona alguna; y contesta, y sutiliza, y disputa sin cesar, y jamás se satisface con aquel que no se somete á lo que él dice.

En fin, él lleva á tal exceso estos desarreglos, que razona sobre todo, determina y decide soberanamente en todo, como si todas las cosas fuesen de su jurisdiccion y le estuviesen sometidas.

Examinemos si para mortificar nuestro propio juicio nosotros hemos procurado corregir estos defectos.

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que Vos me enseñais por vuestros Santos que apoyarse sobre el propio juicio es un grande obstáculo á la perfeccion, y que el que así se deja seducir de sí mismo se hace más daño que no le pudieran hacer todos los demonios; bendecid, yo os lo suplico, la resolucion que tomo de renunciar á este desarreglo toda mi vida, pues que de lo contrario mi pérdida será inevitable. *Perniciem aeternam evadere impossibile est quemquam judicio proprio confidentem.* (Cas. Coll. 16, c. 1).

DÉCIMO EXÁMEN.

De la mortificacion de la propia voluntad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor que nos da durante todo el curso de su vida un ejemplo continuo de la mortificacion de la propia voluntad. Aunque El ha querido sufrir en su naturaleza humana todo género de oposicion segun la voluntad de su Padre, tampoco ha hecho jamás nada que no fuese conforme á lo que ha querido este adorable Padre, y en la manera que El lo ha querido y porque lo ha querido. *Non quod Ego volo, sed quod Tu. Non sicut Ego volo, sed sicut Tu. Non mea voluntas, sed tua fiat.* Agradecemosle este ejemplo y la gracia que nos ha merecido para poder seguirle.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos, segun las reglas y la doctrina de los Santos, si nosotros hemos tenido cuidado de mortificar nuestra voluntad.

El que tiene mortificada la voluntad no pretende hacer lo que quiere por sí mismo, sino que más bien se presta á obrar segun la voluntad ajena. *Non quod vult facit, sed quod docetur.* (S. Basil. Const. cap. 22).

El no elije sus empleos, ni sus ocupaciones, ni estudios, ni diversiones, y lo deja todo á la eleccion de la persona que le conduce. *Nec sibi ipsi, quid expedit, eligit, qui gubernationem suam alteri tradidit.* (S. Basil.).

El teme tanto determinarse por sí mismo, que se complace de que le sean regladas hasta sus menores acciones, y áun que se le señale el tiempo y la manera de hacerlas.

En este concepto, no se contenta con adherirse al reglamento general de la comunidad, y desea otro más particular que le especifique en detalle toda la conducta que él debe observar, y que le designe lo que es necesario hacer en cada hora del día.

El trata áun de proveerse y pedir las reglas con las cuales él pueda obrar en los casos extraordinarios, para no seguir ni áun entonces su propia voluntad.

Como él tema mucho el que ésta se vigore y vuelva á vivir en él, jamás dice: «Yo quiero esto ó no lo quiero;» manteniéndose sin cesar á merced de sus superiores, en la disposicion de obediencia en la que se mantuvo nuestro Señor con respecto á su Padre, y á merced tambien si se quiere de todos los demás, estando siempre pronto á someterse á sus indicaciones, segun la instruccion del Príncipe de los Apóstoles: *Subditi estote omni creaturæ, propter Deum.*

En fin, él no tiene más grande atractivo que para la obediencia, porque sabe que esta virtud es el túmulo de la propia voluntad: *Sepulchrum voluntatis obedientia.* (S. Joan. Clim. *Grand.* IV).

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que la propia voluntad destruye todo el mérito de nuestras buenas obras: *Facit ut bona nostra bona non sint* (S. Bon.); pues que ella atrae vuestra cólera: *Ipsa bona in peccatum convertit.* (S. Bern. *de Ord. vitæ*), y que ella nos hace dignos de penas eternas: *Sola quæ deinceps damnare potest animas nostras.* (S. Bernar. *de Dupl. Bapt.*); haced eficaz el deseo que nosotros tenemos de mortificarla sin cesar y de resistir á todos sus movimientos.

UNDÉCIMO EXÁMEN.

I. — De la mortificacion del amor propio.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor lleno de todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, considerado con respeto y con admiracion por los Angeles, mirado por su Padre como el digno objeto de su amor. Por muy grandes que fuesen estos honores, El jamás concibió ni complacencia de

sí mismo, ni amor de su propia persona: *Christus non sibi placuit*. ¡Oh cuánto le son debidos nuestros respetos y nuestros homenajes por este bello ejemplo que nos da!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros somos fieles en mortificar nuestro amor propio.

Aquel que no lo tiene mortificado, se ocupa sin cesar de sí, no habla sino de sí mismo, ni obra sino para su propio provecho.

El está todo lleno de la buena opinion de sí mismo, se lisonjea de tener mil cualidades estimables, se considera con complacencia, y cree sin dificultad que todo el mundo piensa y debe ocuparse en él.

El se estima de contado á sí más que á los otros, y se alaba, y se aplaude, y no cesa de publicar su mérito, y nunca aprueba sino lo que él mismo hace. El se mezcla en todo, trata de tomar parte en todo y quiere aparecer autor de todo.

El siente todas las penas del mundo cuando tiene que someterse á otro, no estima la obediencia sino en los demás, no puede sufrir que se le contradiga, y se imagina tener un gran talento para mandar, porque este es su deseo favorito.

El se alegra especialmente de recibir alabanzas, y nada omite para procurárselas,

poniendo no obstante un gran cuidado de no dar á conocer que las desea.

El no sufre sino con disgusto que se aplauda á los demás, y sin embargo, él mismo los alaba algunas veces, mas esto no lo hace sino por lisonja ó por algun interés particular.

En fin, como él teme tanto el menosprecio, cubre con habilidad sus imperfecciones; procura mil rodeos para que no se adviertan sus faltas; se sirve de todo género de artificios para aminorar sus defectos, y tiene una maravillosa destreza para hacer aparecer lo que le puede dar consideracion y estima.

Examinemos si nosotros nos dejamos llevar de alguno de estos desarreglos del amor propio.

TERCER PUNTO.

Dios mio, los Santos me enseñan que es necesario renunciar el amor propio para amaros á Vos. Vos mismo me decís que sin esa renuncia no se puede ser del número de vuestros discípulos, ni hacerse digno de Vos. Yo me guardaré, oh Dios mio, de exponerme á tal desgracia. Yo renuncio de buena voluntad á todo amor propio, y me propongo combatirlo y mortificarlo en toda circunstancia, puesto que es imposible amarse á sí mismo y complaceros á Vos. *Totus displiceas tibi, ut totus possis*

Deo placere. Nemo enim illi placet nisi qui sibimetipsi displicet. (S. Bern. serm. *De miser hum.*).

DUODÉCIMO EXÁMEN.

II.—De la mortificacion del amor propio.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo derramando en nuestros corazones su divino amor para purificarlos de toda propia estimacion, y para llenarnos de ese santo odio de nosotros mismos que el Hijo de Dios nos recomienda tan expresamente en el Evangelio: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.*

SEGUNDO PUNTO.

Los que no tienen mortificado su amor propio, no se ocupan sino en contentarlo y satisfacerlo.

Ellos buscan en todas las cosas aquello que les es más cómodo, y no tienen ninguna dificultad de incomodar á los demás.

Ellos tienen demasiada ternura y compasion para sí mismos en las menores penas que sufren; pero son duros é insensibles para las de sus hermanos.

Se tratan con delicadeza y cuidándose cuánto pueden; temen mucho recargarse demasiado, mientras que no tienen mira-

miento alguno por los que se encuentran abrumados de trabajo, ni se toman pena por aliviar á persona alguna.

Anhelan mucho encontrarse siempre en la abundancia, y no sufren carecer jamás de cosa alguna.

Ellos creen que todo el mundo está obligado á servirles, sin que ellos estén obligados á servir á nadie.

Quieren que todo se les preste y se les dé cuanto ellos piden, sin querer jamás ni dar ni prestar á su vez; y se imaginan tener derecho de quejarse si se les rehusa la menor cosa del mundo.

No saben lo que sea vencer su inclinacion ni hacerse nunca violencia.

Ellos no conversan sino con las personas cuyo humor cuadra con el suyo; no abrazan sino los empleos que son más conformes á su gusto, y no hacen caso de los ejercicios más santos, sino en tanto que les agradan y complacen.

En fin, tienen tanto aprecio y complacencia de sí mismos, que descuidan los intereses de Dios, lo mismo que los del prójimo, con tal de satisfacerse á sí; se hacen un ídolo de su amor propio, y caen en aquel desarreglo que san Pablo señala como el origen de una infinidad de otros muchos: *Et erunt homines se ipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemi,* etc. (II ad Timoth. III).

Examinemos por todas estas señales si nosotros hemos hecho algun progreso en la mortificacion del amor propio.

TERCER PUNTO.

Dios mio, no es sino vuestro amor todopoderoso que puede destruir mi propia estimacion y enseñarme á amarme santamente aborreciéndome á mí mismo. Venid, pues, oh mi Dios, á triunfar de nuestros corazones por vuestro divino amor, y á fin de apagar en nosotros las mortíferas llamas del amor corrompido de nosotros mismos; venid, y encended en ellos el fuego celeste de vuestra caridad: *Reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.*

DECIMOTERCIO EXÁMEN.

De la mortificacion de la imaginacion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en el divino uso que hace de su imaginacion. El no la ocupa jamás de representaciones vanas y superfluas; siempre la llena de cosas útiles y santas; la tiene sumisa á la voluntad de su Padre, y no la hace servir sino á sus adorables designios. Rindamos nuestros obsequios á este divino Salvador, y aprovechémonos de su ejemplo.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué uso hemos hecho de nuestra imaginacion.

1. ¿Hemos cuidado de tenerla vacía del mundo, de sus ideas y de todas sus vanidades?

En lugar de reprocharlas cuando ellas se presentan, ¿no hemos sido bastante infieles para detenerlas en ella, y para recordarlas cuando se habian olvidado, y aún para formar de ellas vivos discursos, siempre peligrosos y aún muchas veces criminales?

¿No es este desarreglo que nos ha hecho perder gran parte de nuestro tiempo, y que nos ocasiona tantas distracciones en nuestro retiro, en nuestras oraciones y en todos los demás ejercicios?

2. ¿Hemos procurado llenar nuestra imaginacion de cosas que pudieran servir á nuestra perfeccion y á nuestra salud eterna, como serian la belleza de la virtud, la fealdad del vicio, las penas del infierno, los goces del paraíso?

Bien lejos de grabar en nosotros profundamente estas santas ideas, ¿no hemos procurado, por el contrario, retraerlas de nuestro espíritu, para llevarlo sobre los objetos más agradables á la naturaleza?

¿No es porque estas ideas nos desplacen y que nos parecen importunas, que procuramos desviar de nosotros los discursos que

las pudieran recordar y hacerlas reinar en nuestra imaginacion?

En fin, ¿hemos hecho de nuestra imaginacion todo el uso que Dios quiere de nosotros, privándola de todo lo que puede satisfacerla, segun sus prevenciones y sus caprichos, soportando con paciencia y en espíritu de penitencia sus extravíos, sus extravagancias y sus ligerezas; en una palabra, haciéndola servir á la justicia, como ha servido á la iniquidad: *Sicut exhibuistis servire iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete servire justitiæ in sanctificationem.* (Rom. vi, 19).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que sabeis cuán difícil es gobernar nuestra imaginacion; que veis las ideas falsas, vanas é inútiles que nos afligen, que nos importunan y que nos fastidian, y que conoceis por otra parte nuestra debilidad; asistidnos con vuestras gracias particulares, á fin de que podamos mostrarnos fieles á esta instruccion del Sabio: «No os dejéis llevar de los fantasmas de la imaginacion:» *Ne dederis in phantasiis cor tuum.* (Eccli. xxxiv, 6).

DECIMOCUARTO EXÁMEN.

De la mortificacion de la memoria.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo enseñándonos por el ejemplo de la santísima Virgen y de san Pablo, el uso que debemos hacer de nuestra memoria. Lo que nos refiere de esta augusta Esposa, nos enseña lo que debemos recordar: *Maria autem conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.* (Luc. ii, 19). Y lo que nos dice que hacia aquel santo Apóstol, nos advierte lo que debemos olvidar: *Quæ retro sunt obliviscens.* (Philip. ii, 13). Agradecemos á este divino Espíritu la una y la otra de estas instrucciones, y procuremos aprovechar los ejemplos que nos pone delante de los ojos.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué uso hemos hecho nosotros de nuestra memoria.

¿Hemos tenido cuidado de alejar de ella el recuerdo de nuestros desarreglos y de todas las vanidades del mundo de que tal vez se encuentra ocupada, y que no vienen á ser sino materia de tentaciones?

Cuando ocurre ese recuerdo, ¿nos hemos detenido en él demasiado? ¿No hemos reflexionado mucho en detalle sobre todo lo

que nos ha pasado? ¿O hemos sido fieles á no ocupar en esas cosas nuestra memoria sino en cuanto era necesario para confundirnos delante de Dios, para pedirle perdón y para detestarlas?

¿Hemos sobre todo olvidado las injurias que nos han sido hechas, ó las hemos recordado solamente á fin de dar bien por mal, segun el consejo y el ejemplo que nos ha dejado nuestro soberano Maestro?

¿No hemos hecho una santa habitud de pensar muchas veces en Dios, y de representarnos lo que El es, lo que ha hecho por nosotros y lo que nosotros debemos hacer por El?

¿Nos acordamos de nuestro Señor Jesucristo, de su religion para con su Padre, de su amor para el prójimo, del menosprecio que El ha tenido de sí mismo?

¿Tenemos muy presente toda su vida para hacerla en todo momento la regla de la nuestra?

¿Nos olvidamos de la santísima Virgen? ¿Procuramos con nuestro amor reconocer esa ternura de madre que Ella tiene por nosotros?

En fin, ¿hemos traído á nuestra memoria todas las cosas que pueden llevarnos á Dios? Y en el temor de ofenderle, ¿nos ocupamos frecuentemente, segun el consejo del Sabio, en el recuerdo de la muerte, del juicio último, de la recompensa de los

buenos, del castigo de los réprobos? *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.*

TERCER PUNTO.

¡Dios mio, tengo pena y confusion de que tan frecuentemente mi memoria esté ocupada en todo género de bagatelas, pudiéndola llenar de mil objetos santos y de Vos mismo! Yo estoy resuelto á no caer más en ese desarreglo, mediante vuestra santa gracia, y yo quiero ser olvidado á mí mismo si alguna vez os olvido á Vos, si no tengo mi mayor placer en acordarme de Vos. *Si oblitus fuero tui, Domine, oblivioni detur dextera mea: si non proposuero te in principio lætitiæ mee.* (Psalmo CXXXVI).

DÉCIMOQUINTO EXÁMEN.

De la mortificacion de la vista.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo que, por hacernos conocer bien cuán obligados estamos á mortificar la vista, nos dice por boca del Sabio: Que no hay nada como ella en la tierra que nos pueda perjudicar tanto. *Nequius oculo quid creatum est?* (Eccli. xxxi, 15). Pongamos atencion en este aviso importante, y rindamos todo género de homenajes al que nos lo dió.

SEGUNDO PUNTO.

El que es fiel en mortificar su vista, tiene un gran cuidado no solamente de apartarla de los objetos claramente perniciosos, mas tambien de aquellos que no se pueden mirar sin algun peligro.

El no se divierte con espectáculos ó representaciones curiosas, ni con ninguno de esos divertimientos profanos que de ordinario no llevan al espíritu sino ideas peligrosas, y no sirven sino para fomentar el fuego de las pasiones: *Specula plena imaginibus miseriarum nostrarum et fomitiibus ignis nostri.* (Aug. Conf. l. 3, c. 1, n. 1).

El evita, tanto cuanto puede, fijar los ojos en las personas de diferente sexo. Y cuando en alguna ocasion es obligado á esto, no lo hace sino con grandes precauciones. Sobre todo él es fiel en apartar su mirada del rostro de la mujer, segun el aviso del Espíritu Santo: *Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius.* (Eccli. ix, 5).

El se priva áun de mirar las cosas lícitas é indiferentes, cuando no le induce á esto sino la sola curiosidad: *Quaquaversum nulla curiositate, quin potius necessitate, aspicit.* (S. Bern. form. hon. vit. c. 9).

Noli circumspicere in vicis civitatis, nec aberraveris in plateis illius. (Ibid.).

El excusa las ocasiones de ver los edificios elegantes, los curiosos jardines, las bellas pinturas; y cuando se presentan, aparta su vista de estos objetos, pues sabe que son á propósito para disipar y para distraer.

El no va á perder el tiempo en una puerta ó en una ventana, á mirar allí á los que van y á los que vienen.

En fin, él regla de tal manera su vista, que de todas las cosas que se presentan no fija sus ojos sino sobre aquellas que pueden servirle para elevarse á Dios: *Ne forte videat unde tentetur postmodum.* (S. Bonav. Instit. verit. pag. 1, c. 14).

Examinemos si hemos sido fieles en observar estas prácticas que nos proponen los Santos para la mortificacion de la vista.

TERCER PUNTO.

Divino Jesús, yo os consagro, os entrego y os abandono mis ojos. Dadme parte, yo os lo suplico, en la gracia que hicísteis en otro tiempo á vuestro santo Precursor; y no permitais que mis ojos, destinados á veros un dia, sean jamás profanados por las miradas de alguna criatura. *Oculis Christum spectaturis, nihil dignatus est aspicere.* (S. Hier. Ep. IV).